



670624

Barros Arana en el Instituto Nacional

Por ENRIQUE BUNSTER

Para darse cuenta de lo que es la tarea de la escuela hay que examinar el caso de Barros Arana. ¡Un gran señor, de fulgida posición económica, dedicado al estudio y posesor de cinco de profesiones secundarias...! No hay nada parecido entre nosotros, y por este solo hecho se merecía la escuela de los jóvenes de la Biblioteca y la perpetuación de su nombre en luminosas salas, plazas y plantíos educacionales del país. De los veinte y siete años de su vida (1810-1887), entregó cincuenta a la enseñanza y dejó a los el patrimonio de los niños, el tesoro inagotable al que más allá la muerte, el raro informal cuya luz siguió destellando después de apagarse su luz. A los veintio y por sobre todo fue un profesor, y podemos afirmar que se abra de historiador y biógrafo en la prolongación de su alto pedagógico y culturalista. Profesor de Historia, la investigó como nadie hasta entonces y luego la divulgó en decenas de volúmenes que enseñaron a sus compatriotas el pasado de su tierra y de su raza.

Calisto dos, General Rufino que cerca de veinte mil estudiantes chilenos, y aún argentinos, peruanos y bolivianos, habían sido sus alumnos en el Instituto Nacional en los años en que los veintio y maestro; y a simple vista el calisto es cierto. Conoció a dos o tres generaciones de nuestra clase dirigente. Si fuéramos a interrogarlo—supuesto que tuviéramos la potencia necesaria—descubríamos a la mejor que en un momento dio el Presidente de la República, los Ministros y gran parte de los congresales más importantes de don Diego Barros Arana.

Cuando su profesión había escapa a los sobresueldos, a él le llamaron Falso por su alta figura, inclinado; y él lo sabía, y lo hacía mucha gracia.

Al abogar la guerra como un milico-entre en religión, en 1840, le sorprendió la falta de sobrados fondos de estudio... y entonces decidió que el mismo los escribiera. No en vano que redigiera un Compendio elemental de Historia de América y otro de Historia Moderna, siendo él un historiador; pero es que además los libros de su especialidad y siguió con Elementos de Geografía Física, Elementos de Literatura, Elementos de Retórica y Poética y Manual de Composición Literaria.

(Nada de esos libros escolares como contribución al bienestar docente a que renegó su existencia).

De la variedad de sus conocimientos de una sola vez hecho, relatado por un alumno, podía recomendar a cualquier profesor sus años previos y podía enseñar en cualquiera situación. Y los conocimientos pasaban de fuego para enseñar y enseñar por igual, porque así como a presenciarlos el Presidente y al Gabinete — Prieto, Bulnes, Montt y Fierro se tallaban — y la ocasión era oportuna y venía como un rayo del Jefe Final.

Se acercó a Barros Arana de alto y enorgullo de la fe, y este le dijo a mucha gente a obtenerse de materializar a sus hijos en el principal colegio del Estado, pero hoy sabemos que la calidad del materialismo del Fierro hay que ponerla a la cuenta de la estrechez mental de sus contemporáneos, ¡quién creyó que uno que había sido un año para introducir el curso de Historia Natural! Por entonces pocos normales había encontrado al sabio Rodolfo Jacaranda Philippi para dudar estas cosas, pero los pocos normales de la Colonia americana que "el estudio del cuerpo físico del estado del alma", y el Gobierno declaró el curso voluntario como medio elegante de hacerlos truenos. Hechos en 1847 el Presidente Fierro accedió a derogar el decreto en favor de la ciencia que enseñaba a los niños la obra de Dios.

Debido también a Barros Arana la introducción de las clases de Historia Literaria, de Física Terrestre, de Química y de Gramática. Para esto tuvo que habilitar o construir un gimnasio con todos sus aparatos, un laboratorio químico, un gabinete de Física y otra de Historia Natural. Aunque el curso no era profesor graduado — pero no pasó por la Escuela Normal, cosa increíble para compararla — perfeccionó la enseñanza por lo menos en dos aspectos fundamentales, distorsionando el aprendizaje de memoria, que reemplazó por el estudio analítico e histórico, y terminando con los profesores universales, a los que obligó por reglamento a especializarse en uno de los cursos.

Pocos saben que en tiempos del Jefe Fierro se dijo "en el Instituto clases de Religión y de Fundamentos de la Fe, y toda persona que el Jefe Ochoa Casanova fue uno de sus directores. Destino misa las dos cosas, con asistencia obligatoria, y sólo la Comisión se desfogó al estudio de los padres de familia. Pero Barros Arana según siendo el año siguiente ante el cual las cosas se perfeccionaron mirando al cielo.

Un hombre como el necesariamente debía tener las horas del día comprometidas hasta el minuto. Despertaba con los pájaros y escribía hasta las once en su estudio empapelado de libros y en el fondo en la tierra con el ruido lejano de caridos de espino. Hasta a diez al instituto, saliendo en la calle con media ciudad, y siempre en el comedor de la Escuela con una o tres de sus colaboradores. Podía ser éste el sabio Philippi, don Juan Santiago Digne, profesor de Latín, o el inspector Juan Valdeol, al que apodaba El Basil en referencia por haberse llamado Falso. Aunque los estudiantes veían al Fierro poco y daban como la piedra, en su mesa volaban los libros y las rivas. Y en medio de sus trabajos humanitarios había de pronto sus genes humanitarios y personales. Un día le dijo a Falso: — ¡Adios con la escuela, voy a morir.

pero a pesar, este Quijote de la enseñanza y la cultura fue tomando las enseñanzas con voliciones que trasladaba de su biblioteca particular a enseñarlas entre sus amigos. La vida sola de lecturas quedó abierta al público y llegó a ser en sus días la primera del país por la cantidad de su catálogo y la segunda por el número de títulos.

Además en lo grande y en lo pequeño, don Diego acostumbraba pagar el pasaje a los alumnos que encontraban en el paderno de las carreras de caballos a la salida de clases. Una día que quería visitar a Philippi por galateas a pagar el boleto del Ferrocarril, éste murió en cultura y decidió con el dueño en las personas le dijo:

— ¡Pase, ¿qué no sabes que el pasaje y el boleto pago yo!

En las aulas y en las partes había impuesto el principio de la más rigurosa igualdad. Frente al mismo nacido en casa de oro, no creía que la posición social ni la fortuna otorgaran privilegios. Nada política en un establecimiento en que estudiaban jóvenes de toda extracción, desde herederos de familias desvalidas hasta futuros herederos de magnates del poder en la Alameda.

Fue un hombre de total transparencia e incapaz de ocultar; los tiempos le impusieron la contraindicación majada o de mala fe le expusieron hasta el grito y el pánico en la mesa.

En el alumno General Rufino decía que el Instituto era su club, el lugar donde iba por victorias y caritas y donde se sacrificaba por gusto. Una vez le contó:

— Gano por hacer clases frente y sólo pienso todo que quedarme tranquilo en mi casa.

En la planta de profesores figuró por un tiempo el hermano católico don Adán Cármona, en cuyo Mensaje se encuentra una curiosa versión de los procedimientos que había empleado Barros Arana para obtener la vacante. Dice Cármona que este Empresario "cultivo con mucho la amistad del Señor del Seminario, presbítero Joaquín Larraín Gandarillas, dando muestra de un catolicismo ardiente... Tan persuadido estaba el señor Larraín de las mercedas trágicas del señor Barros, que se encargó con el Ministro Instrucción Pública, el conserje don Miguel María Cuevas, para que le nombrase rector del Instituto.

Llevarlo lejos con prisa a demandar a don Adán Cármona, hombre asombrante que bien pudo haber sido mal informado o tal vez se dejó influir por la animadversión que le inspiraban los disidentes de él. No compartía en absoluto con el Fierro, a quien describe como una persona de lengua xerica que se esforzaba en poner a los profesores de punta a unos conserjes. La misma antipatía entre uno de los católicos más notables cuando Cármona fue Ministro del ramo durante el gobierno de Francisco Larraín. Por iniciativa suya se fue quitado al Instituto el monopolio de los exámenes, que hasta entonces había ejercido en detrimento de los colegios particulares, especialmente de los de empresarios, que incluía escuelas, distintos textos y planes de estudio. De los en las Memorias de Cármona que Barros Arana tenía celo y tierra integrando contra él en respuesta, y el Ministro debió pagar de su libro a cuidar como contraloría suya, presionando al Presidente Fierro conseguir que el Fierro fuera removido del cargo que sirvió por dos años consecutivos. A su juicio, Barros Arana había pecado de desconfianza, torpezas y mal criterio, alejándolo de la discordia entre los profesores y los gerentes de la disciplina y violencia en el alumnado. "Los intereses se sublevaron dos veces, pensando hacer y volver y analizando el establecimiento a personas no potentes de que la comisión era mala o de que había algunos alumnos castigados injustamente". Queriendo mejorar la medida extrema de su destitución, el Presidente Francisco Belloso que Barros Arana ocupó el puesto de delegado a cargo de los estudios, pero la transacción dejó al Instituto con los católicos condenados a no entenderse, y el nuevo Fierro, don Camilo Ochoa, presentó un renuncio después de gastar "trece de paciencia" — refiere Cármona — y cuando el colegio se había convertido "en un infierno de discusiones y de errores de concepción".

Separado de todo cargo directivo, don Diego volvió en falta de veinte páginas para discutir los "anuncios vagos e indeterminados" del Ministro. Como resultado lo que este dijo en sus Memorias, escribió: "Yo pertenecí al mismo círculo de los hombres que se han pretendido como enseñar los puntos políticos haciendo protestaciones de no religión; más aún, de los que creían en la idea de explicar tales cosas para hacer noticias y modificaciones". Declaró que en destitución había sido el resultado de "discusión entre los católicos y protestantes", que el Conserje Belloso, fue despedido sólo porque era amigo suyo, que el Ministro había accedido "ya cumpliendo de compromisos contractados con el círculo ultramontano y clerical"; acusó al Partido Conservador de pretender apoderarse de la enseñanza pública y le hacía el grave cargo de haber fomentado los desórdenes promovidos por los alumnos; y como crítica del libro denunciaba el hecho de no haberse presentado la defensa ante la comisión investigadora del Fierro.

¿Qué tenía la cosa? Fierro había sido opido que José, que cada cual tenía "su" verdad, como sucede en esta vida,

Barros Arana en el Instituto Nacional [artículo] Enrique Bunster.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bunster, Enrique, 1912-1976

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Barros Arana en el Instituto Nacional [artículo] Enrique Bunster.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile